

mántica omnicomprensiva que englobe incluso, o prácticamente, todo aquello que la tradición asignaba a la esfera gramatical». Dicho en otras palabras, desaparece la división clásica entre términos *categorématicos*, dotados de significado autónomo, y *sincategorématicos*, cuyo significado depende del contexto sintáctico (o bien la distinción lógica entre variables que se pueden vincular a significados, y conectivos). Se trata de una tendencia que parece contraria a lo que el pensamiento lógico moderno ha sostenido, pero que se aproxima a ciertas tendencias actuales de la semántica.

CAPÍTULO DOCE

John Wilkins

WILKINS HABÍA EMPEZADO A DISEÑAR SU PROYECTO en su obra *Mercurii secretas*. En 1668 propone, con su *Essay towards a Real Character, and a Philosophical Language*, el sistema de lengua artificial filosófica de uso universal más completo de cuantos aparecen en este siglo.

«The variety of Letters is an appendix to the Curse of Babel» (p. 13). Tras haber rendido el obligado homenaje a la lengua hebrea y haber trazado una historia de la evolución de las lenguas después de Babel (en la p. 4 alude incluso a la hipótesis celtocelta, que ya hemos examinado en el capítulo cinco de este libro), y después de haber reconocido los méritos de sus predecesores y de los colaboradores que le han ayudado a formular las clasificaciones y el diccionario final, Wilkins se propone construir una lengua basada en caracteres reales, «que puedan ser leídos por todos los pueblos en su propia lengua» (p. 13).

Wilkins recuerda que la mayor parte de los proyectos anteriores intentaban hacer derivar la lista de los caracteres del diccionario lingüístico de una lengua concreta, en vez de referirse a la naturaleza de las cosas y a las nociones comunes sobre las que toda la humanidad se pudiera poner de acuerdo. Por lo tanto, su proyecto tiene que ir precedido de una especie de colosal recensión del saber, para separar las nociones elementales comunes a todo ser racional. Pero no hay en este proyecto nada platónico, en el sentido de las 'dignidades' lulianas: Wilkins realiza una recensión tanto de las ideas generales como del saber empírico, considerando que si todo el mundo está de acuerdo en la idea de Dios, también todo el mundo debería estar de acuerdo sobre la clasificación botánica proporcionada por su colega John Ray. La imagen del universo que él propone es la imagen de un universo según el saber oxoniense de su época, y no se plantea en ningún momento el problema de que pueblos de otra cultura (que, sin embargo, deberían usar su lengua universal) puedan haber organizado el universo de otra manera.

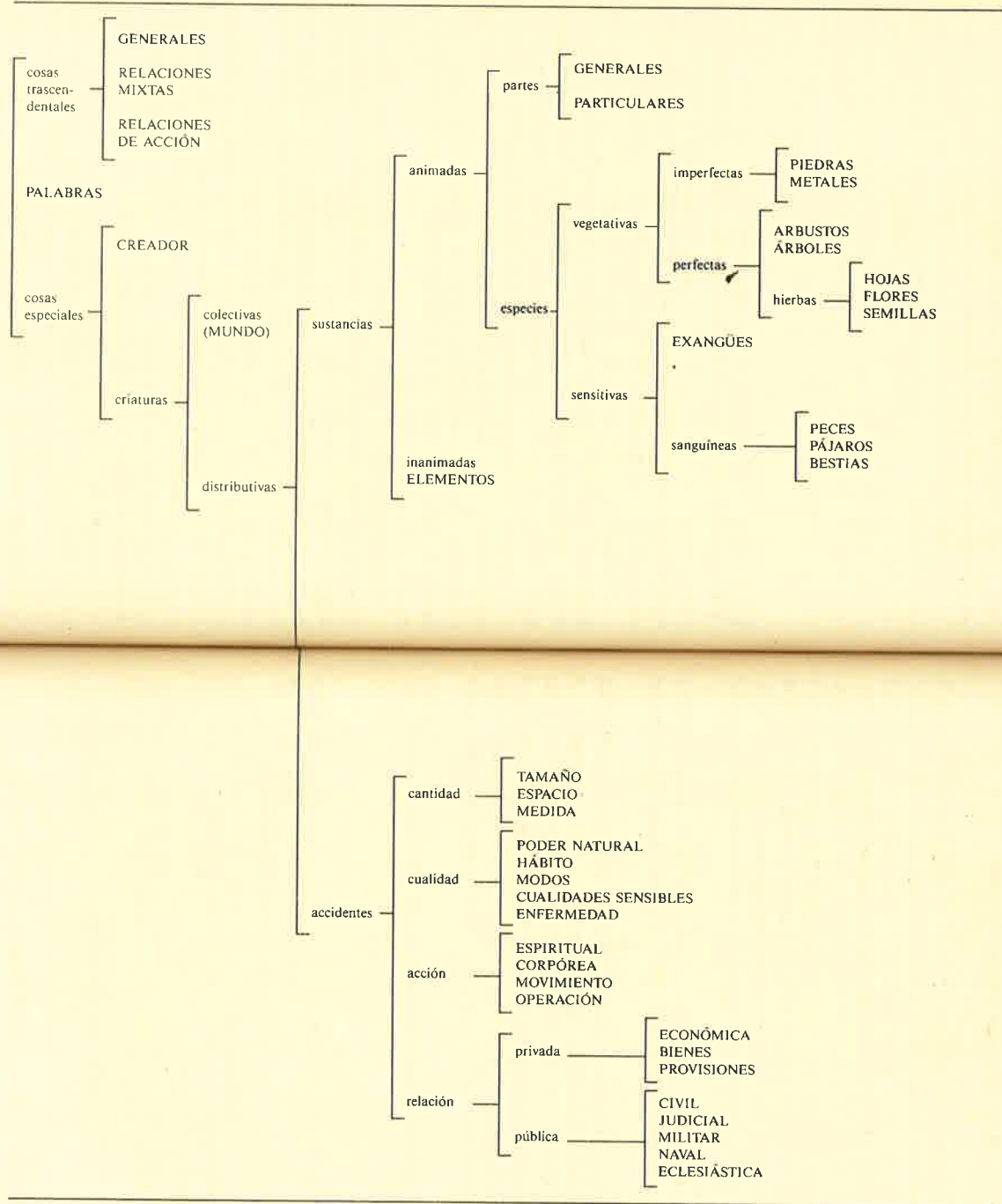


FIGURA 12.1. Nociones generales.

Las tablas y la gramática

Aparentemente, el procedimiento que Wilkins escoge es parecido al de la tradición aristotélica y del árbol de Porfirio. Se propone establecer una tabla de 40 Géneros mayores (véase figura 12.1 en las páginas anteriores), y después subdividirlos en 251 Diferencias peculiares para derivar a continuación 2.030 Especies (que se presentan por parejas). En la figura 12.2 se presenta, a manera de ejemplo, y sin llegar a desarrollar numerosas ramificaciones, cómo a partir del género Animales, tras haberlos distinguido en vivíparos y ovíparos, y los vivíparos entre animales de pezuña entera, de pezuña partida y dotados de pata, llega a la clasificación del Perro y del Lobo.

Para justificar la brevedad de nuestros ejemplos, querremos hacer constar que el conjunto de las tablas de Wilkins ocupa 270 páginas de su gran infolio.

A estas tablas, que diseñan el universo de lo decible, Wilkins añade una Gramática Natural (o filosófica) sobre cuya base establecerá después los morfemas y las marcas para los términos derivados, que permitan pasar de los primitivos a las declinaciones, a las conjugaciones, a los sufijos y a otras notas que hagan posible derivar de éstos no sólo las distintas articulaciones del discurso sino también las perífrasis mediante las cuales se pue-

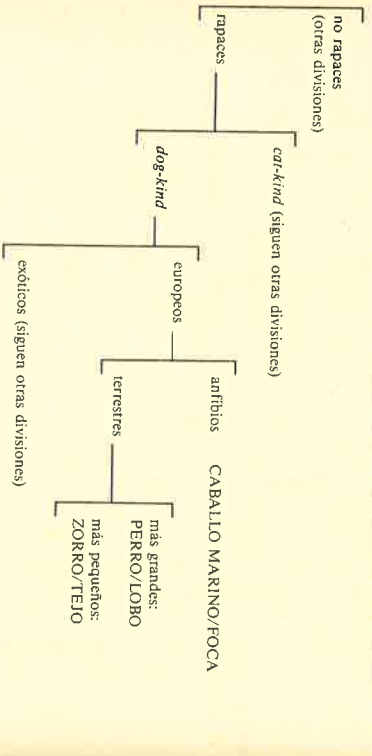


Figura 12.2. Animales vivíparos dotados de patas.

Chap. I. *Concerning a Real Character.*

Franked.	General	Exanguinous	Spiritual
Rel. mixed	Rel. of Action	Fifth	Corporal
Discourse	God	Bird	Motion
World	World Element	Beast	Operation
Stone	Metal	General	Religion
Leaf	Flower	Peculiar	Ocean
Seed-vevffel	Tree	Magnitude	Politic
		Space	Provif.
		(Measure	Civil
		Habit	Judicial
		Manners	Military
		Quality	Naval
		Femiblic	Ecclef.
		Dialectic	

The Differences are to be affixed unto that end which is on the left side of the Character, according to this order;

1	2	3	4	5	6	7	8	9
—	—	—	—	—	—	—	—	—
—	—	—	—	—	—	—	—	—

The Species should be affixed at the other end of the Character according to the like order.

Figura 12.3.

den definir, utilizando siempre y solamente los primitivos, otros términos del diccionario de una lengua natural.

A partir de aquí Wilkins está en condiciones de proponer su propia lengua basada en caracteres reales. En realidad, esta lengua se divide en dos lenguas: (i) una escrita, a base de ideogramas de aspecto vagamente chino, pero impronunciables; una (ii) destinada a la pronunciación. Se habla de dos lenguas porque la notación alfabética destinada a la pronunciación, a pesar de que sigue los mismos criterios combinatorios de la ideográfica, es tan diferente que exige un nuevo aprendizaje. En realidad, la lengua fonética es incluso más clara como escritura en caracteres reales.

Chap. III. Concerning a Real Character.

415

That which at present seems most convenient to me, is this;

H	General	Bd	Exanguius	Za	Spiritual
B	Rel. mixed	Ba	Fifth	Za	Corporal
B	Rel. of Action	Be	Bird	Ze	Motion
D	Jilicourte	Bi	Beast	Zi	Operation
G	God	Dd	Peculiar	Re	Operation
W	World	Da	General	Pa	Ocean, Cu
E	Element	De	Magnitude	Pe	Politic, Gy
S	Stone	Di	Space	Pi	Provis. Sd
M	Metal	Do	Mixture	Po	Civil, Sa
L	Leaf	Ga	Power Nat.	Ta	Judicial Se
F	Flower	Ga	Habit	Ta	Military Si
F	accord	Gc	Manners	Tc	Naval
S	Seed-verffel	Gi	Quality	Te	Naval
Sh	Shrub	Gi	Quality	Te	Naval
T	Tree	Co	Dialecte	To	Naval

The Differences under each of these Genus's, may be expressed by the Differences U, D, G, P, T, C, L, S, N. in this order; 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9.

The Species may be expressed by putting one of the seven Vowels after the Consonant, for the Difference; to which may be added (to make up the number) two of the Diphthongs, according to this order { 1. a, 2. e, 3. i, 4. o, 5. y, 6. x, 7. y, 8. y, 9. }

FIGURA 12.4.

Los caracteres reales

En la figura 12.3 (p. 205) se reproducen los signos característicos que Wilkins asigna a los 40 géneros, y los signos distintivos que sirven para indicar las Diferencias y las Especies. Como puede apreciarse, las diferencias y las especies están representadas por pequeñas barras que forman ángulos en los extremos de las líneas horizontales que constituyen la base de cada uno de los caracteres. Otros signos, de lectura bastante más difícil, señalan opciones, formas gramaticales, cópula, adverbios, preposiciones, conjunciones, etcétera, tal como ya hemos visto en otros sistemas análogos. Como hemos dicho, el sistema prevé incluso una pronunciación de los caracteres. Obsérvese en la figura 12.4 cómo se fijan siglas para los géneros, mientras

que las diferencias se expresan mediante las consonantes B, D, G, P, T, C, Z, S, N y las especies añadiendo una de las siete vocales (más dos diptongos) a la consonante. El ejemplo que da Wilkins es el siguiente:

Si (De) significa Elemento, entonces (Deb) tiene que significar la primera diferencia; la cual (según las Tablas) es Fuego; y (Debr) indicará la primera Especie, que es Llama. (Det) será la quinta diferencia bajo el Género, que es Meteorito que Aparece; (Deto) la primera especie, o sea, Arcoiris; (Delta) la segunda, o sea, Halo.

Así aparece la primera línea del *Pater Noster*, con los signos característicos:

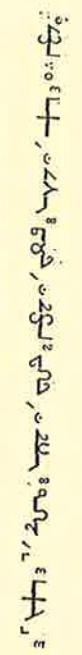


FIGURA 12.5.

El signo I representa el pronombre posesivo, primera persona del plural, el signo 2 lo proporciona el carácter de las Relaciones Económicas; la barrita a la izquierda remite a la primera diferencia (relaciones de consanguinidad) y la barrita a la derecha remite a la segunda especie, Ascendiente Directo (pronunciación). Los dos primeros signos se leen, por tanto, *Padre nuestro*, y se pronuncian *Hai eoba*.

El diccionario: sinónimos, perifrasis, metáforas

La lengua prevé una lista de 2.030 primitivos, o nombres de especies. Estas especies no abarcan solamente sustantivos por géneros naturales o artefactos, sino también por relaciones y acciones, y de éstas derivan los verbos en la forma cópula + adjetivo (como en Dalgarro, *yo amo* se traduce como *yo soy amante*). Además, las partículas gramaticales permiten expresar modos y tiempos verbales por *ser* y *haber*, pronombres, artículos, exclamaciones, preposiciones, conjunciones, mientras que las diferencias accidentales expresan número, caso, género y comparativos.

Ahora bien, un número tan reducido de primitivos no es suficiente para traducir todas las frases posibles. Wilkins proporciona, al final del *Essay*,

un diccionario de la lengua inglesa para unos 15.000 términos. Para los términos que no corresponden a los primitivos, se indican las modalidades de expresión.

El primer criterio es el *sinónimo*. El diccionario contiene, para todos los términos para los que no existe una especie en las tablas, uno o más sinónimos posibles. Por ejemplo, para *Result* se sugieren *Event*, *Summe e Illation*, pero sin sugerir en qué contexto se debe utilizar el sinónimo más apropiado. En otros casos, por ejemplo *Corruption*, la lista de los posibles sinónimos resulta muy complicada, porque según el contexto se puede tratar de Mal, Destrucción, Viciar, Infección, Decadencia, Putrefacción. A veces el modo como el diccionario (o la misma tabla de las especies) establece listas de sinónimos conduce a resultados divertidos, como cuando se crea la secuencia sinonímica «Caja-cómoda-arca-armario-alatúd-mesa».

El segundo criterio es la *perífrasis*. El diccionario registra *Abadía*, pero como no existe un carácter (y una especie) que se corresponda, y en cambio existen *Colegio* y *Monje*, *Abadía* se traduce como *Colledge of Monks*.

El tercer criterio lo proporcionan las llamadas *Transcendental Particles*. Fiel a su propósito de análisis semántico componencial mediante rasgos primitivos, Wilkins considera que no es necesario un carácter para *terrena*, puesto que se puede obtener el concepto por composición de «buey + joven», ni tampoco un primitivo *leona*, puesto que se puede obtener añadiendo una marca de femenino a *león*. Wilkins elabora, pues, en la Gramática (y después transforma en sistema de marcas en la parte destinada a la escritura y pronunciación de los caracteres) un sistema de Partículas Trascendentales, destinadas a ampliar o cambiar el significado del carácter al que se le atribuyen. La lista contempla ocho clases para un total de 48 partículas, pero el criterio que las agrupa es muy poco sistemático. Wilkins imita la gramática latina, que dispone de terminaciones (que permiten crear términos como *lucesca*, *agnosus*, *hominulus*), de «segregados» como *tim* y *genus* (que permiten crear a partir de un radical *gradatin* o *multigenus*), de determinaciones de lugar (como *vestiarium*) o de agente (como *artion*). Algunas de sus partículas son sin duda de naturaleza gramatical (por ejemplo, las ya citadas que transforman el masculino en femenino, y el adulto en joven). Pero el propio Wilkins imita también los criterios de la retórica al citar metáforas, sinédoques y metonimias, y, en realidad, las partículas de la categoría *Metaphorical-Like* no son más que marcas de interpretación retórica. De este modo, añadiendo esta partícula a *raíz* se obtiene *original*, añadiéndola a *luz* se obtiene *evidente*. Finalmente, parece que otras

partículas se refieren a la relación causa-efecto, continente-contenido, función-actividad. Veamos algunos ejemplos:

Like + pie = pedestal,
Like + sangre = carnesí,
Lugar + metal = mina,
Oficial + marina = almirante,
Artista + estrella = astrónomo,
Voz + león = rugir-rugido.

Esta es, desde el punto de vista de la precisión de la lengua, la parte más floja del proyecto. De hecho, Wilkins, que proporciona una larga lista de ejemplos para la correcta aplicación de tales partículas, advierte que se trata precisamente de ejemplos. Por consiguiente, la lista está abierta, y su enriquecimiento depende de la capacidad de inventiva del hablante (p. 318).

Pero no se acaba de entender cómo puede evitarse la ambigüedad, desde el momento en que el usuario es libre de atribuir estas partículas a cualquier término. Sin embargo, hay que observar que, si la presencia de las partículas trascendentales constituye un riesgo de ambigüedad, su ausencia establece que la expresión tiene que ser entendida en su sentido literal sin ninguna posibilidad de equívoco. En este sentido, la lengua de Wilkins es sin duda más rigurosa que la de Dalgarno, precisamente porque en esta última cada expresión tenía que ser leída como si estuviese marcada por una partícula trascendental.

El hecho es que Wilkins experimenta una escisión entre su papel de autor de una *gramática filosófica* y su papel de autor de una *lengua filosófica característica a priori*. Que en la gramática filosófica se ocupe del aspecto figurativo y retórico del discurso hay que considerarlo un mérito suyo: que este aspecto se inserte en la lengua característica incide negativamente en su precisión y en su capacidad de reducir las ambigüedades del lenguaje ordinario, dado que Wilkins decide finalmente eliminar tanto de las tablas como del diccionario seres mitológicos como Sirenas, Fenix, Grifo, Arpias, porque no existen, y en todo caso pueden ser utilizados como nombres propios de individuos y, por tanto, escritos en lengua natural (sobre la coincidencia con preocupaciones análogas en autores como Russell, cf. Frank, 1979, p. 160).

Por otra parte, Wilkins reconoce que su lengua resulta inadecuada para nombrar, por ejemplo, variedades insignificantes de alimentos y bebidas, como tipos de uva, mermeladas, té, café y chocolate. Naturalmente sostiene que se debe solucionar mediante el uso de perífrasis, pero existe el riesgo

de que suceda lo mismo que en los documentos pontificios en latín, que, para referirse a novedades tecnológicas que la civilización latina no conocía, tienen que nombrar el videocassette como *sonororum visualinque tauriarum cistellulae* y a los publicistas como *laudatibus nuntius vilgatores*. Pero si se quisiera, aun a costa de resultar poco elegante, el latín permitiría la invención de los neologismos *videocapsulae* y *publicitarii* (cf. Bettini, 1992), mientras que la lengua filosófica de Wilkins parece cerrada al neologismo. A menos que la lista de los primitivos fuese una lista abierta.

¿Una clasificación abierta?

La clasificación tiene que ser abierta, porque Wilkins (siguiendo además una sugerencia de Comenius en *Via lucis*) admite que para conseguir una verdadera adecuación se necesita el trabajo de un colegio de científicos durante un tiempo bastante prolongado, y solicita en reconocimiento a una colaboración por parte de la Royal Society. Es muy consciente, pues, de que sólo ha intentado hacer un primer esbozo, profundamente revisable, y no pretende haber diseñado un sistema *finito*.

A juzgar por los caracteres hay solamente nueve signos o letras para indicar tanto la especie como la diferencia, de modo que aparentemente para cada género sólo debe haber nueve especies. Pero parece que Wilkins ha limitado el número de especies por razones de eficacia mnemónica, no por razones ontológicas. Wilkins advierte que el número de especies no está definitivamente limitado y, por otra parte, de las tablas se desprende que las especies de umbelíferas son, por ejemplo, diez, y las de las verticiladas no fruticosas son hasta diecisiete (mientras que otros géneros tienen solamente seis especies).

Wilkins explica que en tales casos, para expresar una cifra superior a nueve, se recurre a artificios gráficos. Para simplificar, diremos que en la lengua hablada se trata de añadir las letras L o R después de la primera consonante para indicar si se está hablando de la segunda o tercera entadas. Por ejemplo, *Gape* es Tulipán (tercera especie de la cuarta diferencia del género «Hierbas clasificadas según las hojas») y, por consiguiente, *Glappe* será el Ajo de oso, porque al añadirle la L en segunda posición la *e* final ya no significa 3 sino 12.

Pero he aquí que se nos presenta un curioso accidente que debemos justificar. En el ejemplo que acabamos de proporcionar, hemos tenido que corregir el texto de Wilkins (p. 45), que habla, en correcto inglés desde luego,

de tulipán y de ajo, pero los designa en la lengua característica como *Gade* y *Glade*. Se trata evidentemente de un error de impresión porque *Gade* (si se acude a verificarlo a las tablas) designa la mala. Ahora bien, el problema es que, mientras que en la lengua natural es fácil distinguir fonéticamente *tulipán* (*tulip*) de *ajo de oso* (*ransom*), en la lengua filosófica se confunden tanto gráficamente como fonéticamente y, si no se controlan cuidadosamente las tablas, cualquier incidente tipográfico o fonético original inexorablemente nos lleva a una confusión semántica. Porque en una lengua característica existe la obligación de hallar un contenido para cada elemento de la expresión. Al no estar basada la lengua característica en la doble articulación del lenguaje, propia de las lenguas naturales (en las que sonidos diferentes de significado se combinan para dar lugar a sintagmas dotados de significado), resulta que una mínima variación de sonido o de carácter impone un cambio de significado.

El inconveniente nace de lo que debía constituir el punto fuerte del sistema, es decir, el criterio de *composicionalidad por rasgos atómicos*, del que deriva un total *isomorfismo* entre expresión y contenido.

La llama es *Deba* porque α designa una especie del elemento Fuego, pero si se sustituye la α por a y se obtiene *Deba*, la nueva composición signífica Cometa. Los caracteres se han elegido arbitrariamente, pero su composición refleja la composición misma de la cosa, de modo que «aprendiendo caracteres y nombres de las cosas, estaremos también instruidos acerca de su naturaleza» (p. 21).

De aquí nace el problema de cómo nombrar algo inédito. Según Frank (1979, p. 80), el sistema de Wilkins, dominado por una noción de Gran Cadena del Ser, ya y definitivamente preestablecida, rechazaría una visión dinámica del lenguaje, porque la lengua puede, indudablemente, nombrar especies aún desconocidas, pero sólo en el seno del sistema de caracteres que le es asignado. Se puede objetar que bastaría modificar las tablas e insertar una nueva especie, pero hay que presuponer la existencia de una autoridad lingüística que nos autorice a «pensar» algo nuevo. En la lengua de Wilkins, el neologismo no es imposible, pero desde luego es mucho más difícil de realizar que en las lenguas naturales (Knowlson, 1975, p. 101).

En compensación, se podría aventurar que la lengua de Wilkins permite métodos de descubrimiento o, por lo menos, de estímulo al descubrimiento. Por ejemplo, si se transforma *Deia* (Arcoiris) en *Dena* se descubre que esta secuencia de caracteres remitiría a la primera especie de la novena diferencia del género Elemento, y que esta novena diferencia no está registrada en las tablas. Aquí no se podría recurrir a la interpretación metafórica, por-

que sólo la autorizaría la presencia de una partícula trascendental: aquí la fórmula designaría, sin posibilidad de equívoco, una especie que debería hallarse, aunque no se halle, en un punto preciso de la clasificación.

¿En qué punto? Lo sabríamos si las tablas representasen algo parecido al sistema periódico de los elementos en química, donde los lugares vacíos también podrían un día ser ocupados. Pero el lenguaje químico, rigurosamente cuantitativo, nos indica qué peso y número atómico debería tener el elemento desconocido. La fórmula de Wilkins nos dice, en cambio, que la especie debería hallarse en un punto determinado de la clasificación, pero no nos dice qué características tendría, ni nos dice por qué motivo debería hallarse precisamente en aquel punto.

La lengua no permite, por tanto, métodos de descubrimiento, porque carece de un sistema clasificatorio riguroso.

Los límites de la clasificación

Las tablas de Wilkins parten de la clasificación de 40 géneros y, mediante 251 diferencias, llegan a definir 2.030 especies. Pero si la división se realiza por procedimiento dicotómico como en la clasificación aristotélica, al tener cada género dos diferencias divisorias que después constituirán dos especies subyacentes, pero de tal modo que lo que es especie para el género superior se convierta en género para la especie subyacente, se deberían obtener por lo menos 2.048 especies (más un género supremo y 1.025 géneros intermedios) y otras tantas diferencias. Si el resultado no es exacto está claro que, si quisiéramos reconstruir un árbol general a partir de los 41 árboles particulares representados en las tablas, no se obtendría una estructura dicotómica constante.

No se obtiene porque Wilkins clasifica juntos sustancias y accidentes, y al ser los accidentes infinitos (como ya había dicho Dalgarno) no se pueden dominar jerárquicamente. Y Wilkins tiene que clasificar juntas nociones fundamentales, de sello platónico, como Dios, mundo o árbol, junto a bebidas como cerveza, cargos políticos, nociones militares y eclesiásticas, todo el universo notional de un ciudadano inglés del siglo XVII.

Basta examinar de nuevo la figura 12.1 para darse cuenta de que los accidentes se subdividen en cinco subcategorías, y cada una de éstas admite de tres a cinco géneros. Aparecen tres subdivisiones de las Hierbas, tres de las Cosas Trascendentales. Una estructura dicotómica permite controlar el número de entidades que intervienen, al menos cuando ya se ha establecido

el nivel máximo de encajamiento, pero desde el momento en que se admiten tres subdivisiones para un mismo nudo no hay razón alguna para que no aparezcan en número infinito. El sistema está potencialmente abierto a nuevos descubrimientos, pero no pone límites al número de los primitivos.

Cuando Wilkins llega a las últimas diferencias, las articula por parejas. Pero es el primero en advertir que estas parejas se establecen según criterios que se parecen más a los mnemotécnicos («for the better helping of the memory», p. 22) que a un criterio riguroso de oposición. Wilkins nos dice que las parejas que tienen opuestos se emparejan según una o dos oposiciones. En cambio, las parejas que no tienen opuestos se emparejan por afinidades. Y advierte que estas elecciones son bastante criticables, y que a menudo ha emparejado las diferencias de manera discutible «because I knew not to provide for them better» (p. 22).

Por ejemplo, en el primer género, el Trascendental general, la tercera diferencia, o sea la Diversidad, genera como segunda especie la Bondad y su opuesto, la Maldad; pero la segunda diferencia, Causa, genera como tercera especie lo Ejemplar, que se separa del Tipo, sin que entre ambos conceptos aparezca una relación clara: no se trata desde luego de oposición o contrariedad, e incluso para leer esta disyunción en términos de afinidad, el criterio resulta débil y *ad hoc*.

Entre los accidentes de relación privada, bajo la especie Relación Ecológica hallamos tanto relaciones de parentesco, en las que aparecen disyunciones discordantes por el criterio, como Progenitor/Descendiente, Hermano/Hermanastro o Célibe/Virgen (a menos que Célibe comprenda tanto el soltero como la doncella, mientras que Virgen se referiría sólo a una condición femenina), como acciones que se refieren a relaciones intersubjetivas, como Dirigir/Seducir o Defender/Desertar. Entre las relaciones económicas aparecen también las Provisiones, donde hallamos Mantequilla/ queso, pero también Sacrificar animales/Cocer y Caja/Canasto.

En definitiva, como observa también Frank, parece que Wilkins considera como sustancialmente equivalentes diversos tipos de oposición que se encuentran en las lenguas naturales, donde tenemos oposiciones por antonimia (bien/mal), por complementariedad (marido/esposa), por inversión (vender/comprar), por relatividad (encima/debajo, más grande/más pequeño), por gradación (lunes/martes/miércoles...), por gradación con jerarquía (centímetro/metro/kilómetro), por antipodalidad (sur/norte), por ortogonalidad (oeste/este), por inversión vectorial (partir/llegar).

No es casual que Wilkins apele repetidamente a las ventajas mnemotécnicas de su lengua. Wilkins no sólo realiza algunos efectos de las mnemo-

tecnologías tradicionales, sino que toma prestados algunos mecanismos. Efectúa los emparejamientos por oposición, por metonimia, por sinécdoque, como le parece más adecuado a sus hábitos mnemónicos. Rossi (1960, p. 252) recuerda una lamentación de John Ray, quien, después de haber recordado para Wilkins las tablas botánicas, recordaba que habría sido obligado a seguir no los mandatos de la naturaleza sino las exigencias de regularidad —digamos casi «escenográfica»—, más parecidas a las de los grandes teatros mnemotécnicos que a las de las taxonomías científicas actuales.

No está claro, además, qué son las subdivisiones que en el árbol de los géneros (figura 12.1) aparecen en carácter minúsculo. No debería haber diferencias, porque las diferencias intervienen en las tablas sucesivas, para establecer, en el seno de cada uno de los cuarenta géneros, cómo de éstos dependen las diferentes especies. Podrían ser una especie de supergéneros: pero, como podemos observar, algunos aparecen en forma adjetiva y recuerdan mucho a lo que en la tradición aristotélica eran diferencias, como por ejemplo animado/inanimado. Aceptamos que sean pseudodiferencias. Pero si bien la secuencia Sustancia + inanimado = ELEMENTOS responde al criterio aristotélico, en el otro extremo de la disyunción ocurre de manera distinta, pues las sustancias animadas se subdividen posteriormente en partes y especies, las especies en vegetativas y sensitivas, las vegetativas en perfectas e imperfectas, y sólo al final de esta disyunción se distinguen los géneros. Aun más, dada una pareja (por ejemplo, CREADOR/criaturas), el primer término constituye un género por sí mismo, el otro funciona como pseudo-diferencia para llegar a seleccionar, tras varias disyunciones, otros géneros. Y veamos cómo en la triada RAÍCES, ARBOLES, HIERBAS el tercer término, a diferencia de los dos primeros, no es un género, sino que se trata una vez más, de un supergénero (o una pseudodiferencia), que sirve para dividir después tres géneros subyacentes.

Wilkins confiesa (p. 289) que estaría bien que cada diferencia pudiese tener su Denominación Trascendental, pero la lengua no proporciona términos suficientes. Además, admite que una diferencia bien distinguida podría expresar realmente la forma inmediata que la esencia da a cada cosa. Pero generalmente las formas son todavía desconocidas, y hay que limitarse a proporcionar definiciones de propiedades y circunstancias.

Intentemos entender mejor qué es lo que sucede. Si se quiere distinguir el perro del lobo partiendo del signo característico, se sabe solamente que el perro, *Zita*, es «primer miembro de la primera pareja específica de la quinta diferencia del género Bestias», y que el lobo, *Zitas* es su opuesto en la pareja (la *s* aparece como signo de oposición específica). Pero en este caso

el carácter nos dice cuál es la situación del perro en un sistema universal de las bestias (que, véase la figura 12.1, junto con los pájaros y los peces pertenecen a las sustancias animadas sensitivas sanguíneas). No nos da ninguna información sobre las características físicas del perro, ni nos proporciona ninguna información para reconocer a un perro y distinguirlo de un lobo.

Solamente si nos disponemos a leer las tablas sabremos que: (1) los viviparos con patas tienen pies dotados de dedos; (2) los rapaces tienen normalmente seis incisivos afilados y dos largos colmillos para sujetar la presa; (3) los cánidos (*dog-kind*) tienen la cabeza redonda y por esto se distinguen de los félicos (*cat-kind*) que la tienen, en cambio, más oblonga; (4) los cánidos más grandes se subdividen en «domésticos-dóctiles» y «salvajes-enemigos de las ovejas»: y sólo así llegamos a comprender la diferencia entre perro y lobo.

Así pues, géneros, diferencias y especies «taxonomizan» pero no definen las propiedades que nos permiten reconocer el objeto, y por esto hay que recurrir a las aclaraciones adjuntas. Para la tradición aristotélica era suficiente con definir al hombre como animal racional mortal. Para Wilkins, que vive en una época en que se intenta descubrir la naturaleza físico-biológica de las cosas, no es suficiente; necesita saber cuáles son las características morfológicas y de comportamiento del perro. Pero su organización en tablas no le permite expresarlo si no es mediante propiedades y circunstancias adicionales, que tienen que ser expresadas en la lengua natural, porque la lengua característica no posee fórmulas para ponerlas en evidencia. La lengua de Wilkins falla precisamente al realizar el programa que se había fijado de antemano, según el cual «al aprender el carácter y el nombre de las cosas, conoceremos también su naturaleza» (p. 21).

Si además se observa que Wilkins se ha limitado, en cierto modo como un pionero, a construir taxonomías como las modernas ejemplificadas en la figura 10.4, entonces hay que recordar, como ha destacado Slaughter, que mezcla intentos de taxonomía precientífica con aspectos de taxonomía popular (*folk taxonomy*). Es un ejemplo de taxonomía popular el hecho de que nosotros clasificuemos hoy en día el ajo y la cebolla como verduras y comestibles, y los lirios como flores, cuando desde un punto de vista botánico los tres son liliáceas. Del mismo modo, Wilkins llega a los cánidos siguiendo primero un criterio morfológico y después un criterio funcional, y por tanto actúa según un criterio geográfico.

¿Qué es entonces este *Zita* que nos da tan poca información acerca de la naturaleza del perro que nos vemos obligados, si queremos saber algo

más, a ir a consultar las tablas? Si nos expresamos en términos de ordenadores funciona como un *puntero* que permite acceder a informaciones contenidas en la memoria, informaciones respecto a las cuales el carácter no es del todo transparente. El usuario que utilizara la lengua como idioma natural debería haber memorizado de antemano todas estas informaciones para comprender el carácter. Y esto es exactamente lo que se exige también a quien, en lugar de *Zitca*, dice *cane, dog, chien, Hund* o *perro*.

Por consiguiente, la masa de información enciclopédica, que subyace a la organización de las tablas por supuestos primitivos, niega en el fondo el carácter compositivo por rasgos que parecía realizarse en la lengua característica de Wilkins. Los primitivos no son tales. Las especies de Wilkins no sólo nacen de la composición de géneros y diferencias, sino que son además *nombres* utilizados como ganchos para colgar de ellos descripciones enciclopédicas. Desde luego no son nociones innatas, o inmediatamente aprensibles por intuición, porque si lo fueran se podría considerar la idea de Dios o la idea del Mundo, pero no se podría hablar de Relación Naval o Eclesiástica. No son primitivos, porque si lo fueran deberían ser por naturaleza indefinibles e indefinidos, y no lo son porque el conjunto de las tablas no hace otra cosa que definirlos mediante expresiones de la lengua natural.

Si el árbol clasificatorio de Wilkins tuviese consistencia lógica sucedería que se podría admitir sin ambigüedad como analíticamente verdadero que el Género de los Animales lleva implícito Sustancia Animada, y la Sustancia Animada lleva implícito Criaturas Distributivas. Ahora bien, estas relaciones no siempre se producen. Por ejemplo, la oposición «vegetativo-sensitivo» en la tabla de los géneros sirve para distinguir PIEDRAS y ÁRBOLES (y tiene un estatuto incierto), pero reaparece en la tabla del Mundo, y allí reaparece por *dos veces* (véanse nuestras negritas en la figura 12.6). Así pues, siguiendo la lógica de Wilkins se podría admitir que lo que es vegetativo, según la figura 12.1, es necesariamente criatura animada, pero según la figura 12.6 es necesariamente tanto elemento del mundo espiritual como del mundo terrestre corpóreo.

Es evidente que estas distintas entidades (ya sean géneros o especies o cualquier otra cosa) cada vez que reaparecen en una tabla lo hacen desde un perfil diferente. Pero en este caso no estamos frente a una organización del universo tal que en ella cada entidad esté inequívocamente definida por el lugar que ocupa en el árbol general de las cosas; al contrario, las subdivisiones son como los capítulos de una gran enciclopedia capaz de reconstruir la misma cosa desde distintos puntos de vista.

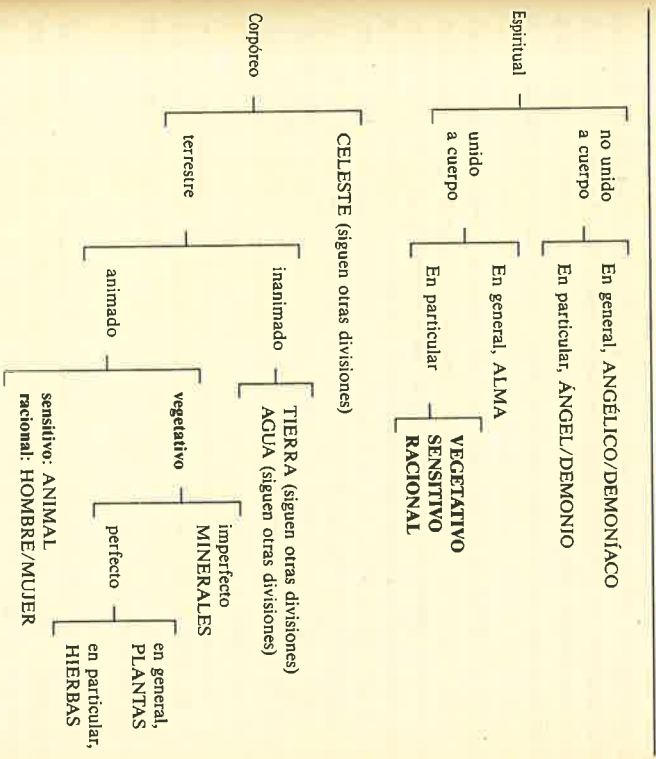


Figura 12.6. De la tabla del mundo.

Si se consulta la tabla de las Relaciones Económicas, se ve que, entre sus especies, la Defensa se opone a la Deserción, pero si se consulta la tabla de las Relaciones Militares, la misma especie Defensa se opone oportunamente a Ataque. Es cierto que la defensa como relación económica (opuesta a deserción) se designa como *Coco*, mientras que como acción militar (opuesta a ataque) se designa como *Siber*; por lo tanto, dos caracteres distintos indican dos cosas distintas. Pero ¿se trata realmente de dos cosas distintas o de dos *modos de considerar* dos aspectos de una misma cosa? Defensa como relación económica y Defensa como relación militar tienen, sin embargo, algo en común. Se trata en cualquier caso de una acción bélica, la misma en ambos ejemplos, salvo que una vez se contempla como deber hacia la patria y la segunda como respuesta al enemigo; se establece,

pues, como un vínculo transversal entre nudos distantes de la misma pseudodicotomía, pero en este momento el árbol ya no es un árbol, sino más bien una red, donde existen conexiones múltiples, no relaciones jerárquicas. Joseph-Marie Dégérando, en su *Des signes* (1800), había acusado a Wilkins de haber confundido continuamente clasificación y división:

La división se diferencia de la clasificación en que esta última [la clasificación] se basa en las propiedades íntimas de los objetos que pretende distribuir, mientras que la primera [la división] se regula según ciertos fines con los cuales nosotros relacionamos estos objetos. La clasificación reparte las ideas por géneros, especies y familias; la división en regiones más o menos extensas. Los métodos de la Botánica son clasificaciones; la Geografía se enseña mediante divisiones; y se quiere un ejemplo más claro, cuando un ejército está dispuesto en orden de batalla, cada brigada bajo las órdenes de un jefe, cada batallón bajo las órdenes de un comandante, cada compañía bajo las órdenes de un capitán, esta es la imagen de una división; cuando el estado de este ejército está representado por un escalafón que contiene primeramente la enumeración de los oficiales de cada grado, después la de los suboficiales, y finalmente la de los soldados, entonces tenemos la imagen de una clasificación (IV, pp. 399-400).

Dégérando está pensando sin duda en el concepto de biblioteca ideal de Leibniz y en la estructura de la *Encyclopaedia* (de la que hablaremos más adelante), es decir, en un criterio de subdivisión de las materias según la importancia que tienen para nosotros. Pero una división según usos prácticos sigue criterios que no pueden ser los que llevan a la búsqueda de un sistema de primitivos metafísicamente fundamentado.

El hipertexto de Wilkins

¿Y si el defecto del sistema representase su profética virtud? Parece como si Wilkins aspirase oscuramente a algo a lo que sólo nosotros, hoy en día, podemos dar un nombre: tal vez quería construir un *hipertexto*.

Un hipertexto es un programa computerizado que vincula cada *nudo* o elemento de su repertorio, a través de una multiplicidad de remisiones internas, a otros muchos nudos. Se puede concebir un hipertexto sobre los animales que, partiendo de «perro», apunte a una clasificación general de los mamíferos e inserte el perro en un árbol de *taxa* que contiene también el gato, el buey y el lobo. Pero si en este árbol uno *apunta* sobre «perro»,

inmediatamente es remitido a un repertorio de informaciones acerca de las propiedades y hábitos del perro. Si se selecciona otro orden de conexiones se puede acceder a una relación de las distintas funciones del perro en diferentes épocas históricas (el perro en el Neolítico, el perro en la época feudal...), o bien a un registro de las imágenes del perro en la historia del arte. En el fondo, tal vez fuera esto lo que Wilkins quería, cuando creía que podía considerar la Defensa tanto en relación con los deberes del ciudadano como en relación con la estrategia militar.

Si esto fuese así, muchas de las contradicciones que aparecen en sus tablas no serían tales contradicciones, y Wilkins sería el pionero de una organización flexible y múltiple del saber que se impondrá en el siglo siguiente, y en los futuros. Pero si su proyecto hubiera sido este, ya no podríamos hablar de lengua perfecta, sino de modalidades con las que articulamos ha-múltiples perfiles, lo que las lenguas naturales nos permiten decir.